

taba muy espumoso y embravecido por el impetu del gran Rio Orinoco, que por sus corrientes tan rápidas peleaba con las olas del mar, y más siendo grandísima la furia y cantidad de agua que trae, especialmente en los meses de Julio y Agosto, que era cuando por allí andaba el Almirante, quisieron echar las anclas para poder contener los navíos; pero las olas las cortaban al instante, y poco faltó para que se estrellasen los navíos en las rocas ó en la arena, de modo que se vieron á punto de sumergirse por lo encrespado de las olas y por el fuerte impulso de las corrientes. Ya habia experimentado el Almirante el mismo riesgo cuando entró en el golfo por el canal que llamó de la Sierpe, que está cerca de la punta del arenal; pero entónces le habia favorecido el viento, y en esta vez tuvo calma y sus navíos no podian navegar adelante ni atrás, ni detenerse sin inminente riesgo. Así, el Almirante, que se vió en tanto peligro, dijo: que si salia de él, se consideraria que habia salido de la boca de un dragon; y habiendo escapado de este mal paso, puso á este estrecho el nombre de La Boca del Dragon, que hoy conserva.

Al fin, perdiendo la marea su fuerza, vencieron las corrientes del Orinoco, que le sacaron á mar ancha, y así se salvó de tantos riesgos el

Almirante, y pensativo resolvía en su imaginacion muchos discursos sobre lo que habia experimentado en este golfo y su costa. Veía, no sin grande admiracion, entrar en la mar tan grande cantidad de agua dulce que, saliendo de ese golfo, se extendia á más de diez leguas de distancia. La templanza tan grande por aquella tierra, estando tan cerca de la línea equinoccional; el sumo fresco de las mañanas, que obligaba á buscar abrigo como en el invierno, le hacian mucha fuerza; y como habia observado en aquel paraje, distante más de cien leguas de las islas de los Azorés, que noruesteaban un cuarto de viento las agujas, y que cuanto más andaba hácia el Poniente el aire era más suave y templado, encontraba las gentes de las costas más tratables y más blancas, y el país más hermoso, se hacia juicio que la mar iba subiendo suavemente hácia el cielo; que la tierra no era redonda, y que si navegaba más adelante, llegaria al fin á una eminencia muy alta donde se acababa el mundo, y sobre la cual estaba el paraíso terrenal. Imaginaba aún, que toda el agua del golfo de la Ballena, que contiene cincuenta leguas de ella, podia venir de muy léjos de aquella fuente que nos dice la Escritura que regaba el Huerto de delicias, de donde (debajo de la tierra y de la mar) tambien nacia los cuatro rios que menciona el

Génesis. No hubiera sido tanta la admiracion de Colon si hubiera podido examinar de cerca y espacio cómo por las vertientes de otros muchos rios, que se descargaban en el Orinoco, le aumentaban en tanto grado el peso de sus aguas hasta que con inmenso caudal rinde al Océano su tributo, endulzando por muchas leguas sus amargas espumas, motivo porque se llamó este golfo en antiguos mapas *Mar dulce*, y con razon, pues este rio formidable ocupa ochenta leguas de costa y sus corrientes, que son mayores por los meses de Julio y Agosto, dominan palpablemente, mar adentro, entre las islas del Tabaco y de la Trinidad, y atropellan con tal furia los embates del mar por más de cuarenta leguas de golfo, que los violenta á salir por la boca de los Dragos, á cuyo orgulloso ímpetu opuso el Sabio Autor de la naturaleza la Isla de la Trinidad de barlovento, si ya no es que la furia de dichas corrientes rompió aquellas cuatro bocas, que por su peligrosa rapidez se llaman de los Dragos, y desprendió á la isla de la tierra firme de Paria. Hasta hoy prosigue esta porfiada batería con que las corrientes de este rio, despues de consumida la tierra, tiran á consumir los duros peñascos que sirven de antemural á la isla, sin más ventaja que el blanquearlos con el perpétuo choque de las olas y de espuma, y aun por

eso se llamó despues aquella costa, la de los Blanquizales.

No perseveró largo tiempo el Almirante en este error, que se puede tener por uno de aquellos delirios en que caen los grandes hombres por sus profundas reflexiones más bien que los demás, y tanto más excusable en Colon, cuanto que, engolfado en el descubrimiento de un nuevo mundo tan oculto, se le hacian todas sus cosas tantas y de tan diversa novedad, que no podia ménos que embelesarse. Volviendo á coger el hilo de la navegacion de Colon, luego que se vió fuera de aquel golfo ó Boca de Dragon, fué en busca del golfo donde le habian dicho que se pescaban perlas; y habiéndole encontrado á las cincuenta leguas de la costa de tierra firme que anduvo, le llamó Golfo de las Perlas: lo registró todo alrededor, encantado de la hermosura de aquella costa llena de buenos puertos. Movido de la curiosidad saltó á tierra, é inmediatamente vinieron hácia él unos indios que traían al cuello unas láminas ó planchas que llamaban *caracolis*, y se parecen al *haussecot* de los oficiales de nuestras tropas. Estas planchas eran de una composicion de metales donde predominaba el oro; y despues de estos indios, se dejaron ver sus mujeres, que llevaban corales, y pulseras de perlas que dieron á los castellanos

en cambio de unas bagatelas. Se les preguntó dónde estaba fijamente el paraje en que se daban esas perlas, y señalaron con las manos (dándose á entender como podian) que en la cercanía de una isla que estaba al Occidente. Volvióse á embarcar el Almirante, y tiró al Poniente: á las seis leguas descubrió una isla bien poblada, que llamó la Margarita, que tiene quince leguas de largo sobre seis de ancho. Entre esta isla y la gran tierra, que al fin Colon se persuadió ser tierra firme, vió otras dos islas más pequeñas: la una se llamaba Cocheu, que quiere decir tierras de venados, y la otra, que no dista del continente sino cuatro leguas, se llamaba Cubagua, donde se han cogido muchas perlas. Se puso el Almirante á la capa enfrente de esta isla y envió la lancha: luego que la vieron los indios que estaban pescando perlas, huyeron á tierra. Siguiólos la lancha, y habiéndolos alcanzado y visto los castellanos, vinieron unas mujeres que traían varios hilos de perlas muy buenas, y los cambiaron por pedazos de loza de Valencia con la mayor alegría. Es cierto que si el Almirante hubiera querido aprovecharse de esta ocasion, hubiera podido solo con esta negociacion, indemnizar á la España de los grandes gastos que tenia erogados para el descubrimiento del Nuevo-Mundo; pero no le pareció detenerse más desde luego, por

motivos muy justos; y con todo, sus enemigos le acusaron á la Corte de haber tenido secreto este hallazgo para aprovecharse él solo de estas riquezas; lo que no se hace creible de un hombre tan desinteresado como Colon, que no podia estar tan ciego de la pasión de enriquecerse, persuadido de que tenia por testigos las tripulaciones de tres navios que divulgarian un descubrimiento como éste. Lo cierto es que dió parte á los Reyes Católicos de todas las circunstancias de su viaje y de la pesca tan rica de perlas que habia por las costas de la tierra firme, y más en las cercanías de Cubagua. Salió el Almirante de este cabo, que llamó de las Conchas, el dia quince de Agosto, y siguiendo su viaje avistó porcion de islas, á las cuales puso nombres, y son las que se dicen de sotavento: llevado de la fuerza de las corrientes, dió fondo entre la Beata y la Española. El Adelantado, avisado por su hermano de su venida, le envió una carabela con buenas noticias, y le trajo á Santo Domingo, en cuyo puerto entró por la primera vez á fines de Agosto: fué recibido en la nueva ciudad, que habia edificado su hermano, con grande honra y aclamaciones extraordinarias de toda la gente.

Pero cuando pensaba el Almirante descansar de sus trabajos, halló que algunos aficionados ó

inficionados de las pasiones viejas del padre Boil, especialmente un criado suyo, Francisco Roldan (que habia dejado de justicia mayor de la isla), la tenia turbada con su rebelion, motivo por qué éste y los suyos no se alegraron de su venida. Bien informado del estado de los rebeldes, no se conformó con el proceso que su hermano el Adelantado habia hecho contra ellos, bien que constaba ser verdadero lo que producía tocante á la mala intencion del levantamiento de Roldan, y le pareció hacer nueva sumaria para dar cuenta á los Reyes Católicos de lo que pasaba. A pocos dias supo el Almirante que habian llegado á la costa de Jaraguá los tres navios que habia enviado desde Canarias en derecha á la Isla Española: llevados de las corrientes y de los vientos habian errado por algun tiempo en las costas de Jamaica, y al fin, recobrado el rumbo, se dejaron ver por la de Jaraguá, cerca de un paraje adonde Roldan y los suyos vivian á discrecion, sin Dios y sin ley, en medio de los indios.

Temiendo al principio los rebeldes que en aquellos navios fuesen tropas á castigarlos, y no poco admirados de verlos por aquellas costas, trataron de saber con maña el motivo de su venida, sin dar á conocer el estado de sus cosas. Destacaron unos cuantos de sus gefes, quienes

fueron á visitar á sus capitanes á bordo de los navios. Preguntaron por el Almirante, fingiendo deseos de verle, y les aseguraron que no les seria fácil tomar desde allí el puerto de Santo Domingo por tener en contra los vientos y las corrientes, pues se habia observado que para ir de la Beata á la capital, que está tan cerca, algunos navios habian dilatado seis meses en su navegacion, que lo mejor seria pasar por tierra. Pareció muy juicioso este consejo á los capitanes, y fué seguido. Desembarcaron los artesanos, que era, en su mayor parte, gente sacada de las cárceles, y se fió su conduccion por tierra á Juan Antonio Colon.

Apénas vió Roldan que estos oficiales pusieron pié en tierra, les empezó á exagerar lo largo y penoso del camino, y mucho más los trabajos que iban á pasar en aquella especie de destierro á que (les decia) los destinaban. Les ponderó la dureza y altivez de los Colones, añadiendo que les era muy fácil eximirse de todas esas desdichas siguiéndole, porque desde aquel dia estarian á mano de darse buena vida y disfrutar de las grandes riquezas que abundaban en la provincia que habia escogido. No era necesario mucho para ganar semejante gente; y así desde luego cuarenta de ellos se pasaron á Roldan, y unos ocho, á quienes chocaba esta multitud, se

fueron á dar parte de todo á sus capitanes. Con esta noticia, se determinó, en consejo de guerra, que Carabajal iria por tierra, con una escolta competente, y pondria todos los medios convenientes para retraer á Roldan de su levantamiento. Llegaron por fin los navios á Santo Domingo, conducidos por una carabela que D. Bartolomé habia enviado en busca de ellos, y los habia encontrado; y por tierra llegó igualmente el capitan Antonio Sánchez Carabajal, quien certificó la pertinacia de Roldan, por más que se le habia persuadido entrase en su deber.

Fué mucha la pena que recibió el Almirante con esta relacion de Carabajal; y como temia que estas alteraciones llegasen á noticia de los Reyes Católicos, que les serviria de gran sentimiento y no dejarian de dar margen á sus émulos para calumniarle y desautorizar las cosas de las Indias que le habian costado tantos sudores, determinó usar cuanta templanza pudiese, dando orden de reducirlos á la obediencia con destreza. Observó que la mayor parte de los castellanos de la isla tenian gran deseo de tener licencia para volverse á Castilla; y para que no pudiesen pretextar que los tenia por fuerza en la isla, mandó pregonar á doce de Septiembre, en nombre de los Reyes Católicos, que daria licencia á cuantos se quisiesen ir á Castilla, prometiéndoles pasaje y bastimen-

tos, de lo que recibieron muchos grande gusto, y admitieron la oferta que les cumplió cabalmente el Almirante. Se supo despues que Roldan venia la vuelta de Santo Domingo con parte de su gente y que se hallaba en Bonaó, poblacion grande que se habia formado cerca de las minas de San Cristóbal, distante diez y seis á diez y siete leguas de la capital. Mandó entónces el Almirante á Ballester, castellano de la Concepcion, que guardase bien aquella tierra y fortaleza, y que si Roldan viniese por aquella parte, le dijese que le ofrecia de parte del Almirante una amistad general y en buena forma, y le representase los perjuicios que causaban á la Colonia su rebellion, el deservicio de los Reyes, y cuán mal parecia que un oficial de su rango estuviese á la cabeza de unos facciosos y bandidos que habian merecido la horca, llevando una vida tan contraria á su honor y á su religion, desviando á los indios de la paga de tributos que debian contribuir á la Corona de Castilla, y que sin embargo de tantos excesos olvidaba lo pasado si queria volver á la obediencia, y que si queria seguro ó salvoconducto, pues deseaba verse con él para que con su consejo se proveyese lo que tocaba al servicio de los Reyes, se le enviaria como él lo quisiese bajo de la palabra de honor de Virrey y Almirante.